

# Desde la Puerta del Sol



La Puerta del Sol madrileña, en la que se encuentra el punto kilométrico 0 de España, creemos es un buen enclave para formalizar un juicio de lo que pasa en el país, lo que podemos alargar a Hispanoamérica y al resto del mundo. Con esa idea nos hemos situado junto el oso y el madroño, desde donde saludar a nuestros amigos

Número 63 – 1 de junio de 2018

## Más o menos, como entonces

Emilio Álvarez Frías

No sabemos lo que saldrá en la votación que ha de producirse en el Parlamento tras la presentación de censura a Rajoy por parte de Pedro Sánchez, aunque se intuye por la posición de los demás partidos políticos que se sientan en los escaños. Esperábamos que Rajoy se decidiera a soltar una buena parrafada respecto a sus oponentes, que son todos, aunque de diferente magnitud unos de otros, y no nos ha decepcionado del todo. Realmente no lo tenía fácil, pero ha sido contundente frente a esa patulea que nos revuelve las entrañas y con sus intentos perjudica la buena marcha de la nación. Y puede que Rajoy todavía tenga tiempo, para soltar todo lo que debería haber dicho en los años que lleva de mandato, y antes de finalizar su mandato pida perdón a los españoles que le han sido fieles en el voto aunque él no correspondiera como se esperaba –ya que estamos en el tiempo de pedir perdón por todo– por aquello de estar continuamente templando gaitas.

### En este número:

- **Más o menos, como entonces**, Emilio Álvarez Frías
- **Unamuno y Millán Astray**, José M<sup>a</sup> García de Tuñón Aza
- **Moscardó, Neville, Reagan**, Juan Van-Halen
- **El estudio de Manuel Sacristán acerca de la Falange**, José Ignacio Moreno Gómez
- **Ultra**, Javier Barrycoa
- **En memoria de María Dolores Pradera**, Documenta

Conviene recordar, a estas alturas, y variando el escenario, que nos encontramos en una situación similar a la que existía el año 1936, tanto en crispación como en equivalencia de representación de los partidos políticos, y ya sabemos a qué llevó ese ambiente pues terminó, por un lado, en la incomprensión, y por otro, en la supremacía de las ideologías. Es lo que tenían que analizar despacio los obsesos de la memoria histórica y no perder el tiempo en cambiar nombres de calles, quitar símbolos, desmontar monumentos, poner a unos en la picota y llorar por otros en el Parlamento en la defensa de los que bien se ganaron fueran condenados.

Hoy veremos cómo se materializan los resultados después del chalaneo de Pedro Sánchez ofreciendo a cada quién lo que le pide, tal como el acercamiento de presos, estatuto soberanista y más competencias al PNV; a los catalanes que no se preocupen de lo que dice, que les atenderá en lo que pidan, faltaría más; a Iglesias que le cederá las carteras ministeriales que más le gusten; etc. Todo ello sin tener en cuenta los intereses de la nación, tapándose los ojos del coste que tendrá «el cambio» anunciado al que habrá que sumar los 36.000 millones de euros que ya ha supuesto este desdichado amago.

Lo cierto es que ayer fue un día de lo más aburrido si uno tomó la decisión de escuchar lo que cada parlamentario dijo. Soporíferos discursos, tonterías sin tino, navajazos a gogó, traiciones no por previsibles menos vergonzosas, mentiras sin cuento, promesas las que se quieran sin base para su ejecución, manipulación de hechos, olvidos significados,... un total bailoteo de dimes y diretes que no aseguran que las ofertas vayan a tener buen fin. Al tiempo.

Y, al final, el ínclito Pedro parece que por fin se va a sentar en la Moncloa, en compañía de su esposa, que bebe los vientos por acomodarse en tan distinguido y especial palacete. Mientras los españoles seguimos a verlas venir, porque arreglos pocos hará, ya que no tiene interés en meter mano a lo necesario, y lo que tiene el firme propósito de llevar adelante, casi con toda seguridad, no ayudará a nuestros paisanos a salir contentos, sino todo lo contrario.

Apenados (no tenemos inconveniente en decirlo), nos quedamos compungidos en casa esperando el fin previsto de la votación. Tomaremos de la biblioteca la novela de *1984*, de George Orwell, para ir haciéndonos a la idea de lo que nos espera. Y pediremos al divino botijo que nos acompaña hoy que el agua que salga por el pitorro para saciar nuestra sed esté realmente bendecida para que amaine nuestros pesares y nos ayude a caminar por este valle de lágrimas, que continuamente estamos resucitando, en lugar de optar por un edénico valle verde, como los asturianos, los gallegos, los cántabros, los vascos, los navarros (por aquello de las lluvias) y algunos más de nuestra geografía.



## Unamuno y Millán Astray

José M<sup>a</sup> García de Tuñón Aza

**R**íos de tinta han corrido sobre lo que dicen ocurrió entre el poeta Miguel de Unamuno (primero soy poeta, después todo lo demás, dijo en cierta ocasión este ilustre vasco), y el general Millán Astray. Apenas nadie se ha hecho eco de un artículo de José María Pemán, publicado en el diario *ABC* el 26 de noviembre de 1964 con el título *La verdad de aquel día*. El dramaturgo sí estuvo presente en aquella fecha y además habló. En su artículo contesta a un periódico titulado *Prensa libre*, editado en América que «no contiene casi una línea que se ajuste a la verdad histórica», en palabras del académico gaditano: el que también escribió que cuando mataron a José Antonio Primo de Rivera «cayó un poeta que dejaba tras sí, más que un programa, un centelleo de dispersas intuiciones». Así, pues, nos limitaremos a copiar un corto párrafo, del artículo de Pemán donde ya nos damos cuenta que viene a dar la razón a lo que hace pocos días:

La versión fantástica empieza por suponer que Millán Astray pronunciara un discurso en ese acto «después de las formalidades iniciales». Supongo que en esas formalidades iniciales se refieren a los discursos de Maldonado y yo que eran todo el programa del acto. El que lea el artículo creerá que se trataba de una conferencia de Millán a la que Unamuno replicó con gallardía. No hay tal cosa. Nosotros, Maldonado y yo, hicimos dos oraciones puramente universitarias de Hispanidad. Al acabar nosotros, sin que Millán, que estaba en el estrado como público, hubiera dicho ni pío, se levantó don Miguel: cosa que a nadie extrañó, pues presidía y bien podía cerrar el acto.



Unamuno saliendo del acto que se comenta en el artículo

No recuerdo exactamente lo que dijo en los pocos minutos que habló: aunque desde luego no creo que dijo una palabra de lo que pone el artículo; por la sencilla razón de que esa referencia toda viene

a ser como una respuesta a Millán Astray, cosa imposible puesto que éste no había hablado. Desde luego sí recuerdo que el discurso fue objetante para varias cosas de las que andaban en curso en aquellos días exaltados. Recuerdo que combatió el excesivo consumo de la palabra «Anti-España»; que dijo que no valía sólo «vencer», sino que había que «convencer». La frase sobre el catalán y el vasco que dice la referencia sí creo es cierta, pero de ningún modo como una réplica a nadie y menos a Millán que no había hablado

Ahora, después de más de ocho décadas de aquel 12 de octubre de 1936, firmado por Manuel R. Villatoro, aparece un artículo en el diario *ABC*, en el que dice que lo ocurrido ese día en la Universidad de la plateresca Salamanca entre Unamuno y Millán Astray. sigue generando controversia: «La misma que el popular intelectual espetó al fundador de la Legión y que ya forma parte de la historia de este país: *Venceréis, pero no convenceréis*. Al menos, eso ha quedado grabado a fuego en la mente de todos los españoles. Sin embargo, los cuchillos verbales que se lanzaron aquella jornada siguen (y seguirán siendo) un enigma. La razón es sencilla: es imposible reconstruir con exactitud milimétrica lo que dijo el intelectual debido a que la censura de la época difuminó los testimonios y no permitió conceder entrevistas al literato.

Por su parte, hace algunos años, el monárquico Eugenio Vegas Latapie, escribió que oyó perfectamente decir al general: *¡Muera la inteligencia traidora!*. Pero niega «rotundamente, que lanzara después ningún otro grito similar, ni mucho menos el famoso *¡Viva la muerte!* que es el grito de la Legión. ¿Lo lanzó, en medio del alboroto dirigiéndose a los legionarios de que siempre se hacía acompañar y que se hallaban también en el paraninfo? No tengo razones para ponerlo en duda. Lo que afirmo es que, después de lanzado aquel primer grito suyo, como réplica a ciertas palabras de Unamuno, tras unos instantes de angustiosa indecisión, él mismo en voz muy alta y con todo imperativo, se dirigió al rector, que se mantenía erguido en pie detrás de la mesa, para ordenarle: «¡Unamuno, dé el brazo a la señora del jefe del Estado!». Y, efectivamente, del brazo de la mujer de Franco salió del paraninfo.

Severiano Delgado, historiador y bibliotecario en la Universidad de Salamanca, acaba de declarar que «las palabras de Unamuno y Millán Astray son literatura, no una fuente histórica». Ese discurso, precisa Severiano Delgado, no fue más que una mera recreación realizada por el profesor y escritor Luis Portillo Pérez, amigo de Miguel de Unamuno, en un artículo fechado en 1941 y publicado en la revista *Horizon* bajo el título «Unamuno's Last Lecture». «Aquel 12 de octubre de 1936 no se dijo *Venceréis pero no convenceréis* ni *¡Muera la inteligencia!*, pero si hubo un enfrentamiento verbal muy serio», destaca el historiador.

Y termino con unas palabras que hace tiempo escribí. Decía, como se ha demostrado ahora, que algunos no saben lo que escriben y otros que escriben lo que no saben. Me refería aquel día, a que en el diario *El País*, firmado por Carmen Morán, aparecía un artículo que hacía referencia a lo ocurrido en la Universidad Salamanca y la susodicha volvía a recordar a sus lectores aquellas dos frases: «Venceréis, pero no convenceréis», del pensador, decía ella, y «¡Muera la inteligencia!», del tuerto y manco general fundador de la Legión, remataba la periodista. Pues no, Unamuno jamás dijo esas palabras, ni tampoco el general las que le atribuyen, como ha quedado de sobra probado, y que tantos y tantos han repetido. Sin embargo, muy pocos, ni tan siquiera ahora el citado historiador Severiano Delgado, ha recogido lo que nos dejó escrito el biógrafo del poeta, Luciano González Egido, en su libro *Agonizar en Salamanca*, cuando el día que falleció el autor *Del sentimiento trágico de la vida* se encontraba con él el falangista Bartolomé Aragón. Fue cuando Unamuno le dice: «¡Dios no puede volverle la espalda a España! ¡España se salvará porque tiene que salvarse!». «Y dobló la cabeza como un Cristo agonizante y nadie supo que había muerto...».



Millán Astray

Después, sobre su nicho se dejó escrito un recuerdo de sus propias palabras:

Méteme, Padre eterno, en tu pecho,  
misterioso hogar,  
dormiré allí, pues vengo deshecho,  
del duro bregar

## Moscardó, Neville, Reagan

Juan Van-Halen (ABC)

Escritor y Académico correspondiente de la Real Academia de la Historia

Personalmente ya me ha afectado una de las iniciativas visibles del Gobierno municipal madrileño «del cambio». Entre más de medio centenar de calles ha cambiado el nombre de la mía. Pese al compromiso de un teniente de alcalde que decora su despacho con un póster de Lenin, no se han arbitrado ayudas para los gastos que supone a las empresas, comercios y particulares afectados, aunque el edil aseguró que «la partida presupuestaria está ya aprobada». Como para fiarse de su palabra. Previamente tampoco se había producido una de esas consultas ciudadanas a las que tan aficionada es la izquierda radical cuando cree que las ganará.

El cambio de nombres en el callejero se produce tras decisiones judiciales en su caso recurridas. Hay recursos judiciales abiertos, pequeñez que en nada inquieta a la alcaldesa, juez de profesión, ni al responsable de la Oficina de la Memoria Histórica; declaró que si se perdían los recursos se modificarían los nombres no por vía judicial sino «aplicando la Ordenanza que regula el callejero».

«Mi calle» se titula una emblemática película de Edgar Neville, ilustre escritor, dramaturgo, humorista y director de cine al que se ha dado el nombre de la calle que se dedicaba al capitán



¡Sin novedad en el Alcázar!

general José Moscardó Ituarte. Mi calle. El conde de Berlanga de Duero, título que ostentaba Neville, es más que probable que no hubiese deseado ser sustituto en el callejero del general Moscardó, conde del Alcázar de Toledo. Es obvio que Edgar Neville merece una calle con su nombre, pero deberían plantearse decisiones no excluyentes, que no borren páginas de la Historia sino que la completen.

En Madrid hay monumentos y calles dedicados a personajes que no coincidieron precisamente en sus posiciones políticas: Castelar, Cánovas, Esparte-

ro, Narváez, Calvo-Sotelo, Prieto, Largo Caballero... Y los dos últimos fueron golpistas confesos en octubre de 1934, la sangrienta revolución de Asturias. Deberíamos acostumbrarnos a esta pluralidad. No es siempre así. En el Congreso de los Diputados hay bustos de Prieto y de Besteiro pero no de Calvo-Sotelo, uno de sus miembros destacados, asesinado por fuerzas del Gobierno republicano el 13 de julio de 1936. Ahora se quiere recordar a generales de la guerra civil excluyendo a otros de la contienda pero del bando contrario; algunos de ellos eran compañeros de academia militar y amigos aunque adversarios.

Los casos de falsificación histórica son múltiples. Vivimos la apoteosis del maniqueísmo. Por ejemplo, se homenajea a los voluntarios de las Brigadas Internacionales, invento de la Komintern de Stalin, que no vinieron a España precisamente para defender la democracia sino para emular la Revolución de 1917 en Rusia. Leamos a Orwell entre tantos otros.

La llamada ley de Memoria Histórica de 2007 proclamaba la reconciliación entre los españoles para «contribuir a cerrar heridas todavía abiertas», y en la Proposición de Ley presentada por el

PSOE el pasado año, una nueva vuelta de tuerca, se señala que responde al «principio que nos condujo hacia una democracia estable y consolidada: la concordia». Pero esas buenas intenciones son desmentidas por los hechos.

Edgar Neville estuvo a punto de ser fusilado en Madrid, huyó, pasó a la llamada zona nacional, y colaboró con sus servicios de propaganda. Fue un diplomático eficaz, un intelectual abierto, un creador brillante, un hombre honesto. Es justo que tenga una calle en la ciudad en la que nació, vivió buena parte de su vida y murió. El callejero en un sistema democrático debería reflejar unión y no confrontación ni exclusión; no tener como referencia una tragedia de hace ochenta años cuyo poso es anterior al fallido golpe militar del 18 de julio que se convirtió en una guerra precisamente porque la sociedad estaba dividida en dos y el conflicto pasó de militar a popular. Ignorar aquellas vísperas, en las que venía anunciándose –síganse los discursos de Largo Caballero– un golpe revolucionario de signo contrario, es falsear la Historia.

El coronel Moscardó, gobernador militar de Toledo, se encerró en el Alcázar con más de mil combatientes y medio millar de civiles no armados resistiendo un asedio que duró del 21 de julio al 27 de septiembre de 1936. El sitio del Alcázar toledano fue uno de los acontecimientos más



Ronald Reagan

famosos –ahora diríamos mediáticos– de la guerra, se estudiaba en las academias militares de medio mundo, y zarandó la opinión internacional desde el factor humano; los sitiadores fusilaron a Luis, de 24 años, hijo de Moscardó por el grave delito de ser hijo de su padre. «Sin novedad en el Alcázar, mi general», el saludo con el que Moscardó recibió a Varela cuando entró en el histórico recinto prácticamente destruido, alcanzó repercusión universal.

Inocencio Arias cuenta en su delicioso libro *Los presidentes y la diplomacia* un curioso episodio. Fue el 9 de julio de 1981. El ministro de Asuntos Exteriores, José Pedro Pérez-Llorca, visitó Washington para dar un empujón a la renovación del entonces vigente convenio con Estados Unidos que se había firmado en 1976 y que ya se consideraba inaceptable. Pérez-Llorca fue recibido por el presidente Reagan, lo que no era ni mucho menos habitual en una visita de rango ministerial. Tras las congratulaciones de Reagan por la fortaleza de la democracia española tras el 23-F, el presidente de la nación más poderosa del mundo empleó prácticamente el tiempo de la audiencia en hablar del coronel Moscardó y de la gesta del Alcázar. Nos narra Arias que Reagan se mostraba «fascinado» por la defensa del Alcázar y por «el abnegado gesto» de Moscardó. «Qué hombre», repetía, mientras pedía al ministro más detalles del asedio, aunque parecía conocer el tema en profundidad.

Sospecho que el interés y la admiración de Reagan no ablandarán la pétrea sesera de los gobernantes municipales madrileños sobre el Alcázar y su coronel. Aseguraría que Reagan no es santo de su devoción. Acabó con la Guerra Fría, promovió un fuerte incremento militar en su enfrentamiento con la Unión Soviética a la que consideró «imperio del mal» y apoyó decididamente el anticomunismo en todo el mundo. Su último año de mandato coincidió con la caída del muro de Berlín.

Además Reagan había sido capitán... Lagarto, lagarto. A nuestros dirigentes municipales les repelen los grados militares. Han llegado a cambiar el nombre de la calle Comandante Zorita por el de Aviador Zorita. Una misma persona. Los afectados: empresas, comercios y particulares, no cuentan. Pero Demetrio Zorita, primer aviador español en superar la barrera del sonido, no deja por ello de haber sido comandante del Ejército del Aire, aunque en su calle haya perdido el grado militar por las fobias infantiles de unos radicales. No cabe un tonto más.

# El estudio de Manuel Sacristán

## acerca de la Falange

José Ignacio Moreno Gómez

**M**anuel Sacristán y Luzón fue un destacado filósofo español que, procedente de una adscripción al falangismo de izquierdas, evolucionó hacia una interpretación personal del marxismo. Buen conocedor de la obra de Ortega y Gasset y profundo estudioso del marxismo, participó en numerosas revistas intelectuales españolas, como *Estilo*, *Cuadrante* (revistas del falangista-franquista SEU) o los *Quaderns* de Cultura Catalana del comunista PSUC.

Hasta su fallecimiento en Barcelona el 27 de agosto de 1985<sup>1</sup> a la edad de 59 años, Manuel Sacristán desarrolló una intensa actividad intelectual y de lucha política convirtiéndose sin lugar a duda en unos de los filósofos políticos españoles más destacados del siglo XX<sup>2</sup>. Es por ello que resulta interesante conocer su juicio sobre el nacionalsindicalismo joseantoniano, extraído de un texto inédito que debía formar parte de *Enciclopedia Política Argos* y que se recoge en un libro publicado por Trotta en 2007 titulado *Lecturas de Filosofía Moderna y Contemporánea*. Aclaramos que dicho juicio, que a continuación exponemos, fue escrito por Sacristán en una época temprana, allá por el año 1952, pero no tenemos noticias de que rectificase posteriormente las valoraciones que aquí se detallan, aún cuando su pensamiento y posición política evolucionaran notablemente.

Destaca como elementos de la teoría política general de José Antonio Primo de Rivera:

**1. Crítica del liberalismo.** La sitúa Sacristán como una crítica situada en la misma línea de las críticas socialistas, aunque, como rasgo propio, señala su especial y elegante ajuste de expresión. Se indica la valoración positiva del líder falangista de aquella primera época en la que esta doctrina consigue, sin posibilidad de marcha atrás, su gran conquista: instalar a todos los hombres en igualdad ante la ley. Sin embargo, el liberalismo es criticable por cuanto el Estado liberal-democrático que de él se deriva, constituye *una burla para los infortunados*, especialmente para *los obreros aislados que, titulares de todos los derechos en el papel, tienen que optar entre morir de hambre o aceptar las condiciones que les impone el capitalista, por duras que sean*. Se critica al Estado del *laissez faire*, incapaz de garantizar una libertad real del hombre, sobre todo del hombre humilde, al que se reconocen multitud de libertades formales.

**2. Crítica del marxismo.** Destaca también el filósofo Manuel Sacristán cómo Primo de Rivera comienza por reconocer los méritos y aciertos del marxismo. Reconoce el falangista incluso el valor científico de Marx, y acepta sin vacilaciones el núcleo de ese marxismo científico, esto es, la ley de aglomeración (sic) o acumulación del capital, «aunque algunos afirmen que no se han cumplido». Para ello se fija en los *trusts* y en los grandes almacenes de precio único que se pueden permitir el lujo de vender a tipos de *dumping*, de modo que los pequeños comerciantes no pueden competir.



Manuel Sacristán Luzón

<sup>1</sup> SACRISTÁN, MANUEL: *Lecturas de filosofía moderna y contemporánea. El pensamiento político de José Antonio Primo de Rivera*. Edición de Albert Domingo Curto. Editorial Trotta,

<sup>2</sup> Wikipedia.

Pero, siguiendo a Sacristán, Primo no sólo acepta la *crítica científica marxista*, sino que también acepta el punto de partida del marxismo militante, esto es, que «*la propiedad, tal como la concebíamos hasta ahora, toca a su fin; y que en el comunismo hay algo que puede ser recogido: su abnegación, su sentido de solidaridad*» («España y la barbarie». Conferencia de José Antonio en Valladolid. 1935).

Para Sacristán, el antimarxismo joseantoniano no es político-económico, sino histórico-moral: critica la visión materialista de la vida y de la historia de la revolución socialista, la agrupación de los hombres por clases, eliminando sus vínculos en la patria común. Le parece absolutamente rechazable la *substitución de la libertad individual por la sujeción férrea de un Estado, que no solo regula nuestro trabajo, como en un hormiguero, sino que regula también, implacablemente, nuestro descanso* («El bolchevismo». Artículo en ABC, 1935).

En definitiva, José Antonio Primo de Rivera, considera que la revolución marxista bolchevique atenta contra valores esenciales de la civilización cristiana occidental, que *nos resistimos a dar por caducada*.

**3. Fundamentos de una nueva doctrina política.** Rechazadas las soluciones liberal y marxista, ninguna otra parece al fundador de la Falange digna de la más breve crítica. De los Estados totalitarios nazi y fascista dice que no existen como tales, pues no son sino la sustitución del Estado por la genialidad de un dictador. Además, el totalitarismo es lo más opuesto a la estructuración de un estado institucional nuevo como el que él propugna. Este estado, cuya forma de gobierno no preocupa al falangista, aunque se decante por la forma republicana, ha de tener las siguientes bases:

a) **Concepto del hombre.** El individuo es la unidad fundamental, entendido como persona portador de valores eternos. Este arrancar del individuo, lleva a una noción de convivencia política ajena a la del régimen de partidos. En la noción de individuo están puestas las bases del sindicalismo falangista, que se estructura dando primacía a las unidades donde el individuo, de forma natural, desarrolla su actividad y donde se depositan todos los valores e instrumentos que necesita la persona para alcanzar libremente su destino personal en relación con las otras personas: la familia en la que vivimos, el municipio del que somos vecinos y el sindicato en el que nos afanamos en el ejercicio de un trabajo (el sindicato es algo más que un órgano de defensa frente a los abusos del capital).

b) **Concepto de libertad.** Según Sacristán, está construido sobre el pensamiento católico y con ausencia completa de toda consideración filosófica. Se antepone la creencia religiosa y se añaden, luego, consideraciones políticas. Manuel Sacristán encuentra en estas consideraciones políticas prácticas ciertas resonancias fitcheanas. Sólo se respeta la libertad del hombre cuando se le considera portador de valores eternos, con un alma con capacidad para condenarse o para salvarse. En la práctica, la libertad no existe, como un absoluto desligado de cualquier otra consideración, sino dentro de un orden.

c) **Conceptos económicos.** Es necesaria una transformación de la forma jurídica de la propiedad, pero sostiene el falangista la legitimidad de la propiedad privada. Si bien, se trata de una forma de propiedad no capitalista que tiene el mismo título de legitimidad que el trabajo: esto es, el trabajo es una función humana y la propiedad es un atributo humano.



Redacción de *Mientras Tanto* con Manuel Sebastián segundo a la derecha

Esta forma de propiedad no capitalista, que incluye la propiedad individual, la propiedad comunal y la propiedad sindical, da lugar a un sindicalismo particular donde no hay una representación patronal y una representación obrera, ni mucho menos, una representación

mixta (como en el fascismo), sino que todos los que colaboran en la empresa para la producción, funden sus intereses para la defensa de la industria en cuestión frente a la absorción capitalista.

- d) **Concepto del Estado.** Es netamente antifascista, pues la *divinización del Estado es cabalmente lo contrario de lo que nosotros apetecemos*. El Estado solo justifica su conducta, al igual que los individuos o las clases, cuando se amolda a una norma permanente, cuando se siente ejecutor del destino de un pueblo al que sirve como instrumento para alcanzar la felicidad de sus miembros. Si no el Estado es tiránico. El Estado es fuerte, sin ser tiránico, cuando sirve a una unidad de destino, cuando sirve a la conciencia de la unidad de la que emana, como garantía de la libertad del individuo.

Es un instrumento totalitario (¡ojo! esta palabra tiene connotaciones contradictorias con lo que en la doctrina falangista viene a significar). Este concepto tiene que ver con el ideal sindicalista de una estructuración total de la economía: la economía de un país es tarea de todos y ha de estar al servicio de todos, no de una clase ni de unos cuantos privilegiados. Al mismo tiempo, señala Sacristán, la palabra totalitario hace referencia a la creencia en la sustantividad de la Patria (integradora y armonizadora de todas las aspiraciones de los individuos y con un destino que es común a todos ellos).

También el dirigente de la anarquista FAI, Diego Abad de Santillán, viene a decir que:


«Pero la revolución, si es verdadera, no es nunca unilateral. Es un proceso totalitario que lo abarca todo y que lo conmueve todo»<sup>3</sup>.

Comenta, finalmente, Sacristán la teoría política española acerca de la Patria, que influyen directamente en la teoría política antes comentada. La teoría joseantoniana de la Patria tiene el sello imborrable de Ortega y Gasset: Según nuestro filósofo, *la unidad de destino en lo universal* de Primo de Rivera es una *mistificación (de místico)*, que no *mixtificación*, del orteguiano *proyecto sugestivo de vida en común*. Esta unidad, apunta Manuel Sacristán, es contraria a la mística patriótica nacionalsocialista, pues se define por valores morales y religiosos, si bien imprecisos, pero no por valores terrenales.

- 4. La Revolución y el estilo.** La revolución es para el falangista una necesidad política e histórica. Una exigencia de la situación social de Europa y una necesidad de que el pueblo no pierda su forma histórica. La revolución postula, con el final de un periodo de decadencia, la renovación de la vida y un nuevo *estilo* de ser de hombre. Dicho estilo es el mismo que pregona Miguel de Unamuno en su *Vida de don Quijote y Sancho*.

## Ultra

Javier Barraycoa (*La Gaceta*)

 Soy un ultra? Pues ni idea. Como la perversión política se inicia con la perversión del lenguaje, y ésta con la perversión de la inteligencia, entonces necesito que alguien me aclare qué significa «ultra». Mientras espero sugerencias, voy escribiendo lo que se me viene a la mente respecto a la expresión con la que algunos ignaros intentan acomplejarte. Y que cada uno se identifique con lo que quiera. «Ultra» es un adverbio latino que significa «más». Y admite por extensión la traducción «más Allá». Por ejemplo, si quisiéramos burlarnos de Artur Mas, le podríamos apodar Artur Ultra.

¿Pero «más», no es «Plus» en latín? ¿De ahí el famoso «Plus ultra» (Más allá)? Bueno, aquí la cosa ya es para expertos y yo soy aficionado. Pero «Plus», es «adjetivo». Por tanto la expresión de «Plus ultra» vendría a ser una redundancia: «más, más allá». Cuando te escupen «eres un ultra», hasta puede ser simpático. Pues lo puedes interpretar como que eres un «supermás». Vamos un tío guay. De hecho, en castellano, en cuanto se usa ultra, como pre-fijo, exige un su

<sup>3</sup> ABAD DE SANTILLÁN, DIEGO: *Por qué perdimos la guerra*, Plaza y Janés Editores. El Arca de Papel, 1977, pag. 156.



jeto que dé sentido a la frase. Por ejemplo: ultravioleta; o bien se toma como aumentativo: «ultra» como sinónimo de «hiper» («hipermercado» podría decirse «ultramercados», aunque no «ultramarinos» pues en este caso no es aumentativo).



Peregrinos a Compostela

Por eso, imaginemos, si uno va por la calle con una bandera española y le gritan: «¡Ultra!». Es como si le dijeran, «más, más». O sea, que desean que salgan más banderas a la calle. Pero no está clara que la intencionalidad del que siempre tiene en sus labios la palabra «ultra» para soltarla ante algo que se le vuelve incomprensible, sea el animarnos a reafirmarnos en lo que somos, en lo que nos identificamos y en lo

que creemos y con toda la simbología que lo representa.

Yo, ante tanto lío, podría identificarme con una aceptación especial de «ultra». Me refiero a su derivación más hispana y medieval: «Ultreia o ultreya» (ultra -más allá- y eia -interjección que significa mover). Este término era, y es, el saludo de los peregrinos del camino de Santiago. Vendría a significar un grito de ánimo: «vamos allá», «sigue adelante». Por eso si a uno le llaman ultra es como si le dijeran: «ese es el camino», «sigue adelante», «no te rindas», «no desfallezcas». Imagínense en una manifestación por la unidad de España, que algunos desarreglados de pelo, look e inteligencia, te chillan: «¡ultra!». No hay que tomárselo a mal, es un piropo y un grito de ánimo. Antiguamente los peregrinos se saludaban diciendo «Ultreia, suseia, Santiago» (Ánimo, que más allá, más arriba, está Santiago). O cuando un peregrino saludaba a otro diciéndole «Ultreia» («Vamos más allá») el otro le respondía con «Et suseia» («Y vamos más arriba»).

De hecho, en el *Código Calixtino*, en la parte musical del apéndice II, encontramos un célebre «Canción de los peregrinos flamencos» o «Canto de Ultreya», que reza: Herru Santiago/Got Santiago/E ultreia, e suseia/Deus adiuva nos (¡Oh Señor Santiago! / ¡Buen Señor Santiago! / ¡Eultreya! ¡Euseya! / ¡Protégenos, Dios!). En otros cantos medievales, esta derivación de ultra adquiere tintes hermosos de alegría, emoción y ánimos. Y, entonces, a uno le anida en la mente una idea:



Al llegar a Compostela, los peregrinos asisten a la santa misa y presencian el tradicional «baile» del botafumeiro

iqué bonito debía ser un ultraperegrino de aquellos tiempos! Sólo en una comunidad unida en un mismo sentir y en un bien común, se pueden apoyar los convecinos al grito del «Ultreia» («sé ultra»).

Ya sé, creen que me he ido por las ramas. Pero sigo en el mismo árbol. No he podido reprimirme y buscar en *wikipedia* (isí, *Wikipedia*!) cómo caracterizaban los términos políticos de ultraderecha y ultraizquierda. El resultado es sorprendente. La ultraderecha está descrita como un radicalismo asociado a posiciones xenófobas o racistas; por el contrario, reza *Wikipedia*, que la ultraizquierda cumple: «tres premisas: la entrega del poder a la clase trabajadora; la toma de los medios de producción mediante movimientos obreros, y con ello entregar el íntegro producto del trabajo al trabajador, eliminando la posibilidad de que otra persona (empresario) se apropie del beneficio que el trabajo obrero produce». O sea, que unos son muy malos y excluyentes; y los otros muy buenos, justos y equitativos.

Visto lo cual, mejor ser un ultra medieval, de esos que peregrinaban a Santiago para redimir sus pecados e impetrar al patrono para que salvara España y Europa de la morería; que no ser un ultra posmoderno que no sabe ni él mismo ontológicamente lo que es, lo que representa su

esencia y su destino vital. La política lo embadurna todo, hasta el lenguaje. Por eso los políticos –para mí– son «ultrapreciados». No se asusten, la expresión no significa «más apreciados». Por el contrario, la traducción correcta sería que los políticos son «sobre tasados o valorados». Y así nos va. Menos políticos y más ultrainteligencia.

## En memoria de María Dolores Pradera

**Chabuca** (*Documenta*)

«Caballo de paso» es un vals criollo que, en 1957, compuso Chabuca Granda a la muerte del limeño José Antonio Lavalle, ingeniero agrónomo, criador de caballos, que seleccionó y preservó el caballo de paso peruano.



Por una vereda viene cabalgando José Antonio  
Se viene desde el Barranco a ver la flor de Amancaes.

En un berebere criollo, va a lo largo del camino  
con jipijapa, pañuelo y poncho blanco de lino.

Mientras corre la mañana, su recuerdo juguetea  
y con alegre retozo el caballo pajarea.

Fina garúa de junio le besa las dos mejillas  
cuatro cascos cantando van camino de Amancaes.

Qué hermoso que es mi chalán cuán elegante y garboso  
Sujeta la fina rienda de seda que es blanca y roja.

Qué dulce gobierna el freno con sólo cintas de seda,  
al dar un quiebro gracioso al criollo berebere.

Tú, mi tierra, que eres blanda, le diste ese extraño andar,  
Enseñándole el amblar del paso llano gateado.

Siente como le quitaste durezas del berebere  
que allá, en su tierra de origen, arenas le hacían daño.

Fina cadencia en el anca, brillante seda en las crines  
y el nervio tierno y alerta para el deseo del amo.

Ya no levanta las manos para luchar con la arena.  
Quedó plasmado en el tiempo su andar de paso peruano.

José Antonio, José Antonio, por qué me dejaste aquí.

Cuando te vuelva a encontrar que sea junio y garúe.

Me acurrucaré a tu espalda, bajo tu poncho de lino  
y en la cinta del sombrero quiero ver los amancaes  
que recoja para ti, cuando a la grupa me lleves,  
de ese tu sueño logrado, de tu caballo de paso,  
aquel del paso peruano.